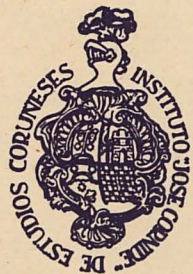


INSTITUTO «JOSE CORNIDE» DE ESTUDIOS CORUÑESES

LA RECTORA DE LA CASA DE EXPOSITOS DE  
LA CORUÑA, EXCEPCIONAL Y OLVIDADA  
ENFERMERA EN LA EXPEDICION BALMIS

DISCURSO LEIDO POR EL ILMTO. SR.  
DON PASTOR NIETO ANTUNEZ

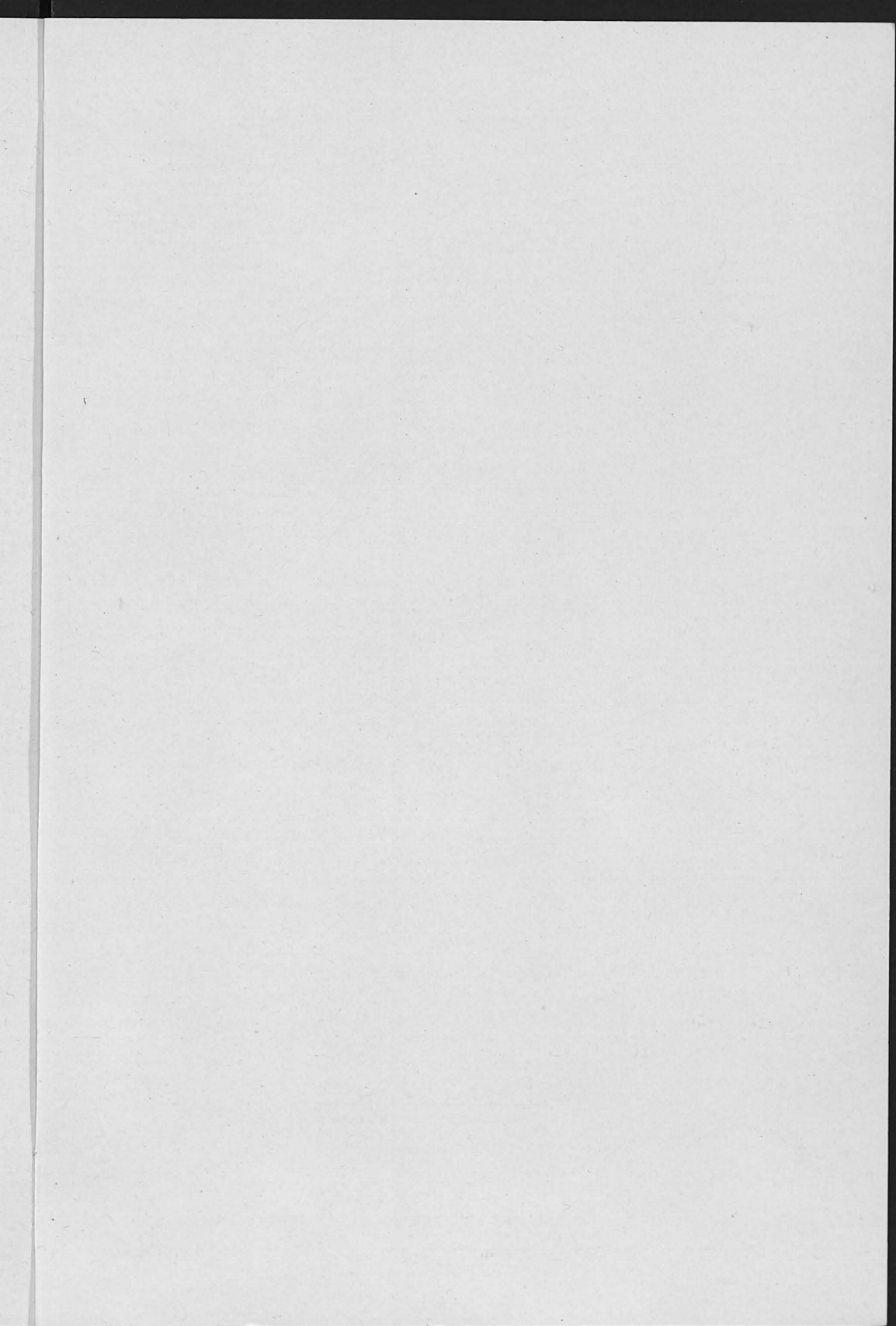
al ser recibido como miembro de Número de este Instituto  
durante la sesión pública, que se celebró solemnemente el  
día 1 de julio de 1981, en la Sala Capitular del Palacio  
Municipal de La Coruña



LA CORUÑA  
1981

DISCURSO  
NUM. 10





Dep. Legal.: C-143 - 1969

---

Imprime:  **VENUS** LA CORUÑA



INSTITUTO «JOSE CORNIDE» DE ESTUDIOS CORUÑESES

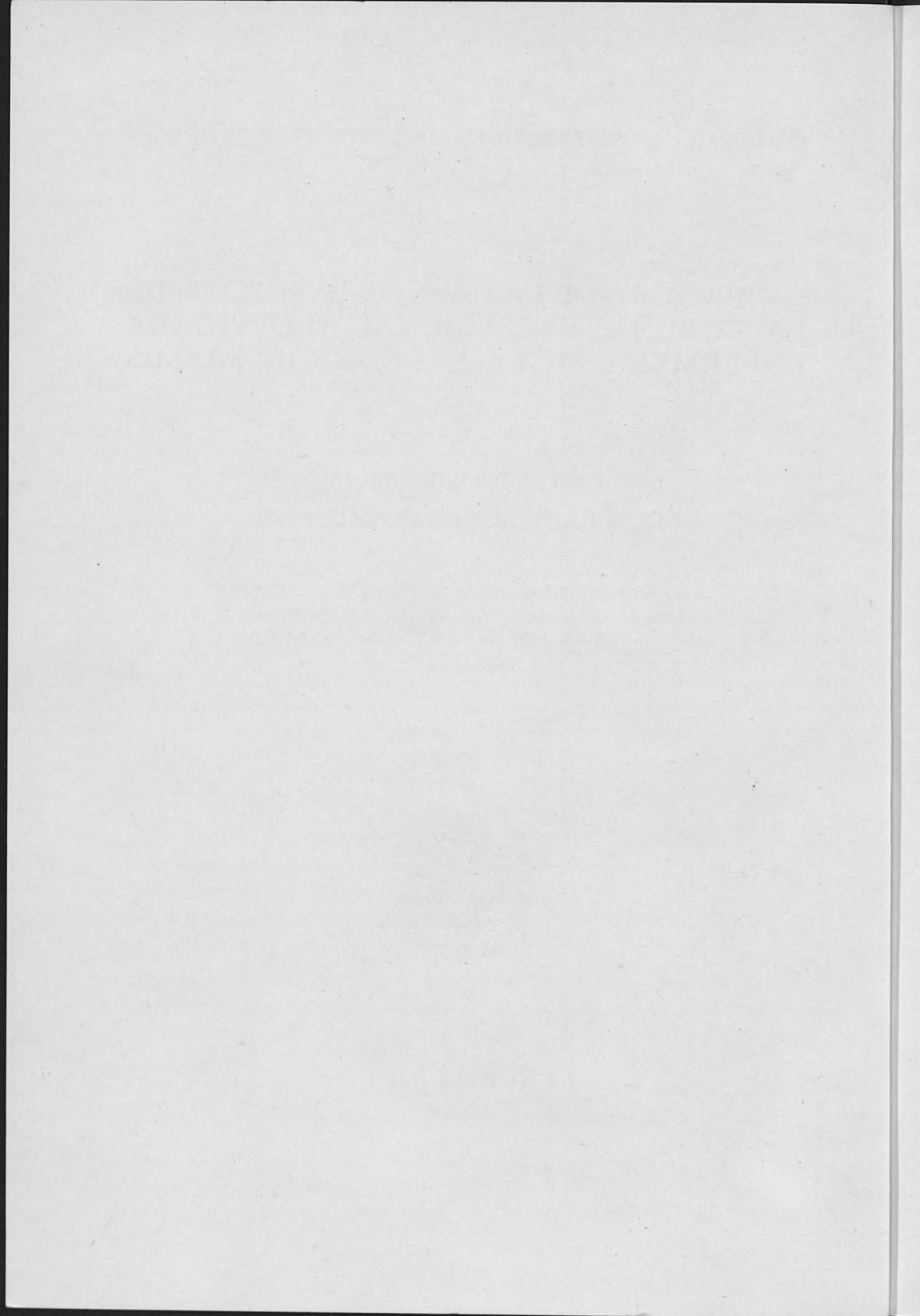
LA RECTORA DE LA CASA DE EXPOSITOS DE  
LA CORUÑA, EXCEPCIONAL Y OLVIDADA  
ENFERMERA EN LA EXPEDICION BALMIS

DISCURSO LEIDO POR EL ILTMO. SR.  
DON PASTOR NIETO ANTUNEZ

al ser recibido como miembro de Número de este Instituto  
durante la sesión pública, que se celebró solemnemente el  
día 1 de julio de 1981, en la Sala Capitular del Palacio  
Municipal de La Coruña



LA CORUÑA  
1981



Excmos. e Ilmos. señores.

Señores Académicos.

Señoras.

Señores.

Antes de comenzar la lectura de mi discurso de ingreso en el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses «La Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, excepcional y olvidada enfermera en la Expedición Balmis», un recuerdo cariñoso al que fue Alcalde de La Coruña, fundador del Instituto, Presidente de Honor y querido amigo, Eduardo Sanjurjo de Carricarte.

#### ANTECEDENTES HISTORICOS

La viruela, enfermedad eruptiva muy contagiosa, ha constituido durante muchos siglos un verdadero azote de la humanidad, existiendo motivos fundados para poder afirmar que ha estado arraigada desde los más remotos tiempos en el continente africano.

El más antiguo de los testimonios presumibles de su existencia lo prueban sus características cicatrices en la momia del faraón egipcio Ramsés V, que reinó unos mil años antes del nacimiento de Cristo. En 1527 se introdujo la viruela en Méjico con las tropas de Hernán Cortés y su malignidad siguió en aumento hasta el siglo XVIII con mortalidad espantosa.

## VARIOLIZACION

La variolización, inoculación del líquido procedente de las pústulas de formas que se creían benignas de viruela con el objeto de provocar una variedad atenuada de la misma y que por el siglo XI era practicada en China, fue conocida en Europa por la mitad del siglo XVIII.

La primera aplicación de la variolización se hizo en Inglaterra, debido, en gran parte, a los esfuerzos desplegados por Lady Mary Wortley Montagu, casada con el embajador inglés en Constantinopla que habiendo observado durante su estancia en Turquía que en este país empleaban para prevenir la enfermedad un método especial llamado variolización, a su regreso a Inglaterra en 1718 tuvo el mérito de variolizar a su hijo de 5 años, siendo el primer inglés que fue inoculado, no haciéndolo ella por haber padecido la viruela en la infancia, logrando así despertar un gran interés por la variolización.

La oposición a tal procedimiento fue muy violenta, pero el entusiasmo de Lady Montagu consigue de su amiga la princesa Carolina, convencer a Jorge I para que ofrezca el indulto a los presos de la cárcel de Newgate que se presentaran voluntariamente a la variolización. Seis presos fueron variolizados y de ellos cinco contrajeron la viruela pero se curaron y aun cuando esta demostración creó una fuerte corriente de opinión en favor de tal procedimiento, sus adversarios continuaron con su campaña en contra.

Uno de los médicos más destacados que practicaron la variolización, fue el Dr. Thomas Dimsdale, al cual la Emperatriz Catalina II invitó a Rusia en 1768, para que protegiera de la viruela, con tal procedimiento, a toda la familia imperial. El Dr. Dimsdale cumplió su misión sin haber tenido accidentes desafortunados y la Emperatriz le concedió el título de barón, un puesto en el Consejo de Estado y el grado de Capitán General en todos sus ejércitos, además de una gratificación de 10.000 libras esterlinas y una pensión anual de 500.

Al lado de muchos éxitos, la variolización tuvo numerosos y tremendos fracasos, ya que teniendo por objeto provocar la enfermedad con linfa procedente de la pústula de una variedad de vi-



ruela que se creía benigna, ocasionaba con frecuencia casos mortales y desencadenaba, a veces, epidemias.

El médico español que más se distinguió por su celo e interés en la práctica de la variolización, fue Don Timoteo O'Scanlan, del Departamento Marítimo de Ferrol, que en 1770 hizo allí las primeras inoculaciones, publicando posteriormente dos curiosísimas obras sobre dicho procedimiento.

Los argumentos y experiencias de los variolizadores se refutaban con los muchísimos y graves incidentes, complicaciones, brotes epidémicos y defunciones que provocaban, pero era tan terrible la enfermedad y tan acusado el temor a padecerla que se hacía muy difícil arrinconar un método, en ocasiones bueno, aunque otras veces fuera peor el remedio que la enfermedad. Por eso y con el precedente de la muerte por viruela, de Don Gabriel, hijo de Carlos III, de su esposa e hija recién nacida y años antes la de Luis I de España, Luis XV de Francia y la de numerosos palatinos y cortesanos, Carlos IV, aquel rey bonachón, abúlico, indeciso y de poco carácter, tan certeramente trasladado al lienzo por el genial Goya en «La familia de Carlos IV», cuadro sarcástico y cruel, no duda y tiene el gesto y la valentía de variolizar a su familia siguiendo el consejo del primer médico de cámara, que se cuenta entre los defensores del método.

El ensayo en la familia real hizo bien patente los peligros de la variolización, ya que el heredero de la corona cae gravemente enfermo a los once días de ser inoculado, el rostro juvenil de la Infanta María Luisa se desfigura lastimosamente con los estigmas indelebles de una viruela provocada y S. A. R. María Amalia, esposa del Infante Don Antonio Pascual, adquiere por la misma causa una grave oftalmía que persiste hasta la muerte.

Ante semejante cuadro el primer médico de cámara, Martínez Sobral, sufre tales preocupaciones, sinsabores y angustias que sobrevive pocos días a tan desgraciada prueba. Pero no cabe duda que esta etapa de la variolización en España preparó el camino para la rápida generalización de los beneficios de la vacuna, cuyo hallazgo por Jenner no se hizo esperar.

Eduard Jenner, médico rural inglés, que estudió medicina en Londres bajo la tutela del famoso John Hunter, fue de los que se interesaron por los estudios realizados en Turquía por Lady Montagu. Jenner, inteligente y trabajador, después de muchos años de pruebas y de haber recogido impresiones de sus enfermos campesinos, observó el siguiente hecho de capital importancia: las mujeres que ordeñaban las vacas con pústulas en las ubres semejantes a las de la viruela, debidas a una enfermedad llamada **vacuna** (cow-pox), y que por contagio presentaban a los pocos días en sus manos esas mismas pústulas, no padecían la viruela. Se cita entre otros muchos casos el de una campesina que le aseguraba a Jenner que no sería atacada de viruela porque ya había tenido **vacuna** (cow-pox). Sus muchas pruebas y observaciones condujeron a Jenner, hacia el final del siglo XVIII (1796) a sustituir la variolización por la inoculación de **vacuna**. Para mayor convencimiento inoculó el contenido de una pústula de la mano de una ordeñadora en el brazo de un niño de ocho años comprobando unos días más tarde la aparición de la pústula típica de vacuna. Siete semanas después volvió a inocular al niño con líquido de una pústula de viruela y el niño no contrajo la enfermedad.

Jenner presentó una comunicación en la Real Sociedad de Sanidad Pública de Inglaterra con sus observaciones y experiencias, pero no la consideraron digna de ser mencionada, en vista de lo cual publicó por su cuenta en 1798 sus muchas observaciones y el éxito de la primera vacunación, y como consecuencia de tan interesantes trabajos su práctica se extendió con notable rapidez. Si tenemos en cuenta que Jenner hizo su primera vacunación en 1796 y Lady Montagu variolizó a su hijo en 1718 estos muchos años de adelanto en la lucha contra la viruela debe ser destacado como un homenaje a la pionera de la variolización.

La vacunación llega muy pronto a España. A finales del año 1800, Francisco Piguillén, médico de Puigcerdá, vacuna en Barcelona a cuatro niños y como los resultados son excelentes prosigue con entusiasmo la tarea y publica un folleto titulado: «La vacuna vindicada». En agosto de 1801 el médico titular coruñés Don Antonio Posse Roybanes vacuna a su nieta y a un niño.

Destacan entre los médicos que más interés pusieron en la difusión de la vacuna, don Francisco Javier Balmis, que además tradujo en 1804, con su título de: «Tratado histórico y práctico de la vacuna», la realmente instructiva e interesante obra del profesor francés Moreau de la Sarthe (J. L.).

En el año 1802 padeció Lima una epidemia de viruela que describió el Dr. Gabriel Moreno en el **Almanaque** del año siguiente y caracterizando su malignidad, refiere la historia de un niño cuyo cuello tenía unas grietas que penetrando hasta la tráquea, salía por ellas el aire de la respiración (1).

El Ministro de Gracia y Justicia leyó a Carlos IV esta descripción y éste quedó tan consternado al oírla que preguntó si no había algún medio de socorrer a sus pueblos de América, conduciéndoles el pus vacuno fresco. Se le respondió que para esto era necesario formar una expedición marítima en la cual se embarcase un determinado número de personas jóvenes que no hubiesen padecido la viruela, y bajo la vigilancia de profesores competentes se fuese pasando de «brazo a brazo» la vacuna hasta ponerla en las costas de América y desde allí conducirla al interior de sus provincias; pero que esta expedición determinaría crecidos gastos, lo que no podía soportar el Erario por lo exhausto que se hallaba con motivo de las pestes padecidas en la Península, por los grandes gastos que originaba la guerra y por las muchas necesidades que oprimían a España. Contestó Carlos IV se hiciera el último esfuerzo y se diera a su corazón el consuelo de liberar de la epidemia a sus pueblos de América.

A consecuencia de esta orden memorable en los fastos de la Humanidad, España en su tradicional afán de sembrar el bien por todo el mundo organizó la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna.

Al comienzo del siglo XIX aparecen nuevos casos de viruela en nuestras colonias de América, y el Ayuntamiento de Santa Fe de Bogotá participa hallarse amenazada la ciudad de una epidemia y recordando, sin duda, la terrible mortandad que produjo en 1784, so-

licita medios para combatirla. En diciembre de 1802 se remite la petición al Consejo Superior de Indias y se solicitan informes para poder llevar la vacuna a Ultramar al Dr. Flores y al Dr. Balmis, expertos en la vacunación.

El Dr. Flores presenta su informe el 28 de febrero de 1803 en el cual propone —Arch. General de Indias, Sec. V, Leg. 1588— la salida de Cádiz de dos naves llevando algunas vacas enfermas de vacuna (cow-pox) y un grupo de niños a los cuales durante el viaje se les iría inoculando el pus vacuna.

El Dr. Balmis, en su informe presentado el 18 de julio de 1803, plantea la salida de La Coruña de un buque conduciendo una expedición compuesta de un director, dos ayudantes, dos enfermeros y quince o veinte niños de ocho a diez años que no hubiesen tenido viruela, ni haber sido vacunados, a fin de inocularlos sucesivamente durante la navegación para así mantener útil la vacuna. El salir de La Coruña lo fundamenta en poder recurrir a niños de la Casa de Expósitos de esta ciudad.

La propuesta de Balmis es aceptada por la Junta Superior Gubernativa de Cirugía, y a los cirujanos de Cámara a quienes se les pasó la proposición de Balmis para que informaran acerca de varios puntos de ella, les pareció bien aprobándolo en todo, pero proponiendo las siguientes modificaciones: 1.<sup>a</sup>.—Que a su salida de cada puerto saque la expedición más de un niño vacunado y con señales positivas de estarlo realmente por las contingencias que pudiera haber; 2.<sup>a</sup>.—Que se coloque en cristales durante la vacunación, la materia que se extraiga de los vacunados por si falla la inoculación de «brazo a brazo»; 3.<sup>a</sup>.—Que además de los ejemplares de la traducción del *Tratado histórico y práctico de la vacuna* de Moreau de la Sarthe, conviene que se lleve considerable número de cristales para repartirlos entre los profesores.

Se nombra director de la expedición al doctor Balmis y como ayudantes a los licenciados, don José Salvany y Lleopart, don Manuel Julián Grajales y don Antonio Gutiérrez López Robledo.

Como personal auxiliar se proponen en agosto de 1803, dos practicantes, don Francisco Pastor Balmis y don Rafael Lozano Pé-



rez y cuatro enfermeros, Basilio Bolaños, Angel Crespo, Pedro Ortega y Antonio Pastor. Los practicantes como auxiliares técnicos y los enfermeros, de acuerdo con el reglamento propuesto por Balmis, con la misión de cuidar el orden de los niños, tanto en mar como en tierra, de su limpieza y aseo y asistirlos con amor y caridad, teniendo, además, a su cargo las ropas de cada niño para repartirlas cuando conviniese y hacerlas lavar y mantenerlas en limpieza y aseo.

Por Real Orden de 27 de julio de 1808 se le comunica al juez de Arribadas de La Coruña la formación de la Expedición de la Vacuna y se le encargaba buscase y ajustase en aquel puerto un buque mercante bien acondicionado, velero y de unas 250 toneladas. Hubo con este motivo desavenencias entre los dueños de los buques y por fin se eligió la corbeta *María Pita*, de cuyo mando se encargó el teniente de fragata D. Pedro de Barco.

Balmis llega a La Coruña como director de la expedición (2) el 21 de septiembre y durante su estancia aquí organizándola se percata de la valía de la Rectora de la Casa de Expósitos y pensando, quizás, que el cuidado de los niños en una expedición tan extraordinaria no podía ser mejor desempeñado que por una mujer, eleva al Secretario de Gracia y Justicia, José Antonio Caballero, propuesta de que la Rectora, en clase de enfermera, forme parte de la expedición.

Con fecha 14 de octubre de 1803 el Secretario de Gracia y Justicia se dirige a don Ignacio Carrillo y Niebla, Presidente del Hospital de Caridad de La Coruña, de donde la Casa de Expósitos dependía y le manifiesta: «Conforme el Rey con la propuesta elevada sobre la expedición destinada a propagar en Indias la inoculación de la vacuna, permite S. M. que la Rectora de la Casa de Expósitos de esa ciudad sea comprendida en la misma expedición en clase de enfermera».

El médico Parrilla Hermida, en su minucioso trabajo, dice que la carta de Caballero a Carrillo Niebla no menciona el nombre de la Rectora, el cual es citado en 1871 por el médico Santucho al tratar de la expedición de la vacuna a América y Asia (3) y le llama Isabel López Sendales o Sendales López; que Castillo y Domper (4) acep-



tan este nombre y lo mismo el médico Estrada Catoira (5); pero a partir de 1949 este nombre varía sin que conozcamos los motivos y así Díaz de Iraola (6), Rico-Avelló (7) y Nieto Antúnez (8) le dan el nombre de Isabel López Gandalla; el caso es curioso y nos llevó a realizar la siguiente investigación. En el expediente sobre la expedición de la vacuna existen en el Archivo General de Indias dos documentos firmados por Balmis, en uno con fecha 15 de abril de 1805 titulado: «Lista de los individuos que componen la Real Expedición de la Vacuna» cita a la Rectora con el nombre de doña Isabel Zendala y Gómez, y en el otro escrito desde Sevilla el 6 de diciembre de 1809, al mencionarla, dice: doña Isabel Gómez Sandalla. Tenemos que pensar que Balmis, que conoció a la Rectora a su llegada a La Coruña y que lo acompañó en sus viajes durante casi tres años, tenía que conocer perfectamente su nombre y apellidos; que escribiese en 1805 Zendala y Gómez y cuatro años después Gómez Sandalla tiene poco valor y si bien ese error es comprensible no lo es ni el López ni mucho menos el López Gandalla. Estos errores, continúa diciendo el médico Parrilla Hermida, producen a veces *cosas de humor*; el Ayuntamiento de La Coruña quiso hace unos años rendir homenaje a la abnegada Rectora y le dedicó una calle a Isabel López Gandalla. En efecto, en diciembre de 1971, el Ayuntamiento aprobó propuesta de nuevas calles coruñesas y entre ellas figura el de Isabel López Gandalla a la Travesía de San Francisco.

Indudablemente, he sido yo, con mi breve comentario publicado en la «Revista» del Instituto «José Cornide», tratando de sacar del olvido a la Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, quien movió al Ayuntamiento para dar el nombre de aquella mujer a una calle y si en los apellidos existía cierto confusionismo, debo señalar que mis datos estaban tomados de trabajos bien documentados, como la obra de Díaz de Iraola, causándome emotiva satisfacción que debido a mi referencia hubiera sido La Coruña la primera en rendirle un homenaje. Si todos los autores llaman Isabel a la Rectora y aún cuando en los apellidos, sin embargo, no coinciden, ya que el mismo Balmis —Archivo General de Indias documento fechado en 1805— le apellida Zendala y Gómez y cuatro años después (1809) le dice doña Isabel Gómez Sandalla, en tanto no se aclare este confusionismo la placa debería corregirse y rezar

así: Calle de Doña Isabel, Rectora de la Casa de Expósitos, 30-XI-1803.

Una placa conmemorativa de la salida del puerto de La Coruña de la expedición portadora de la vacuna contra la viruela fue descubierta el 24 de agosto de 1973, con asistencia de un grupo de médicos mejicanos, en la fachada del edificio de prácticos del puerto. La placa tiene la siguiente inscripción:

«El año 1803 salió de este puerto el doctor Francisco Javier de Balmis al frente de la inmunitaria expedición que llevó a México la vacuna contra la viruela. Los médicos mexicanos de la generación 1919-1924».

La expedición Balmis sale del puerto de La Coruña el día 30 de noviembre de 1803 en la corbeta «María Pita», y en ella embarcan también, según dice Balmis —Archivo General de Indias— al abandonar el puerto, 22 niños para conservar la vacuna útil y fresca «brazo a brazo». La expedición parte para Santa Cruz de Tenerife a donde llega el 9 de diciembre. Con relación a su estancia en Santa Cruz, existe una carta de Balmis allí fechada el 6 de enero de 1804, en la que manifiesta haber desempeñado su misión con esmero y actividad y que embarcaría aquella tarde para Puerto Rico, y daba cuenta de haber ordenado a su apoderado en Madrid tirase dos mil ejemplares de su traducción del «Tratamiento histórico y práctico de la vacuna», y se los enviasen. Cuando Balmis llegó a Puerto Rico encontró introducida la vacuna por el cirujano D. Francisco Oller, que la había mandado pedir de la isla danesa de Santo Tomás; quizá por habérsele el otro anticipado o por la mal acogida del gobernador, desde el momento de la llegada estuvieron ambos en abierta contradicción, sosteniendo Balmis ser falso el fluido que comunicaba Oller.

Desde Puerto Rico se dirigen a La Guayra y por tierra a Caracas, a donde llegan el 26 de marzo de 1804, y aquí propaga Balmis la vacuna y dispone la creación de una Junta Municipal encargada de la conservación y perpetuación del fluido. En 15 de noviembre de 1805 estaban vacunadas 38.724 personas.

En Caracas la expedición se divide y Salvany con su equipo, ayudante Grajales, practicante Lozano y el enfermero Bolaños rea-

liza la campaña vacunal en América del Sur, recorre Venezuela, Colombia y Perú, y en Lima se divide el equipo, dirigiéndose el ayudante Grajales y el enfermero Bolaños a Chile, y Salvany y el practicante Rafael Pérez Lozano siguen a Buenos Aires.

Balmis, con su equipo, ayudante Gutiérrez López de Robledo, practicante Francisco Pastor y los enfermeros Ortega, Pastor y Crespo y la Rectora, Doña Isabel, se dirigen a La Habana, a donde llegan el 16 de mayo, y de aquí emprenden viaje el 18 de julio para Nueva España, pasando por Campeche, Veracruz y llegando a Guatemala.

La labor desarrollada en Méjico es difícil y violenta, presentando una serie de incidentes entre Balmis y el virrey, lo que causa gran perjuicio; esto no obstante, se recorrieron muchas ciudades y villas practicándose gran número de vacunaciones.

La campaña de Méjico se acaba en febrero de 1805, y Balmis embarca en Acapulco con su equipo y 26 niños que le proporcionaron en varios pueblos de Nueva España, y llega felizmente a Manila el 15 de abril de 1805 y realiza vacunaciones. El 3 de septiembre se dirige a Macao, a donde arriba el día 16; allí practica vacunaciones y enseña la técnica a los facultativos portugueses. Se detiene en Cantón y continúa allí con su labor profiláctica. Toca en la isla de Santa Elena y aquí introduce también la vacunación, a pesar de la inicial resistencia de su terco y quizás inepto gobernador Patton, contando más tarde, sin embargo, con la ayuda de los médicos Kay y Dumon. Por último arriba a Lisboa el 14 de agosto de 1806, desembarca y se traslada a Madrid, siendo recibido por el Rey en los primeros días de septiembre.

El resto del equipo Balmis continuó en Filipinas su labor, llegando a realizar más de 20.000 inoculaciones. Terminada su misión regresan a Méjico, saliendo de Manila el 17 de abril de 1807.

Tan extraordinaria expedición estuvo matizada por riesgos y aventuras de toda clase, y aparte de la esforzada e intensa labor del personal importa detenerse a considerar lo perfecto de las normas establecidas por Balmis que permitió resolver los múltiples problemas técnicos que suponía la conservación de la linfa vacunal, llevar siempre dos niños inoculados, la enseñanza a los médicos de la téc-

nica de la vacunación, entrega de ejemplares de su traducción de la obra de Moreau y de la de Sarthe «Tratado histórico y práctico de la vacuna», la creación de Juntas Municipales, con el objeto de que la campaña vacunal no se abandonase y se conservase la linfa.

La Expedición Balmis fue una empresa magnífica por sus fines y organización, admirable por sus resultados, destinada a cumplir una elevada misión humanitaria. Medio siglo antes de que el temor al cólera moviera a los países europeos a reunirse en la Conferencia de París en 1851, España, sin otro móvil que el más generoso humanitarismo, organizó la memorable Expedición Balmis para la difusión de la vacuna antivariólica por lo que le cabe el honor de haber realizado así, la Primera Misión Sanitaria Internacional.

Para explicarnos el misterio del éxito de la Expedición, aparece en escena la imagen de una mujer, la Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, D.<sup>a</sup> Isabel, cuya sublime y admirada actuación sanitaria, velando por los niños con profundo amor maternal, motiva sea considerada como la Primera Enfermera Internacional. Tan impresionante Expedición comprueban el temple y la calidad humana de esta abnegada mujer, de una fortaleza moral extraordinaria que representa la santa virtud de la Caridad. Figura excelsa a quien la Providencia otorga dotes excepcionales para llevar a cabo una gran empresa, su obra personal de apostolado social y las fatigas corporales que padeció en favor de una causa de repercusión internacional no deben continuar olvidadas. ¡Lamentablemente, ni el más modesto Centro Sanitario lleva su nombre! En el catálogo de mujeres gallegas destacadas es obligado incluir por derecho propio a Doña Isabel, Rectora de la Casa de Expósitos, por tantos conceptos digna de los mayores elogios.

La mujer gallega (9), dice en una de sus conferencias mi querido amigo y compañero Juan Naya Pérez, no ha dejado nunca de regir la historia de este pueblo nuestro, y puede afirmarse que mucho de lo mejor que ha producido el genio del pueblo galaico se debe a las mujeres, desde las más altas a las menos brillantes, a las mujerucas a veces insignificantes en el exterior, pero moralmente grandes, que llevan la dirección de la familia y a menudo, también, la responsabilidad de su sostenimiento económico.



Recordemos ahora, espigando en sus versos, a nuestra Rosalía Castro, ya que sin ella difícilmente podíamos comprender el alma de Galicia.

*Cando penso que te fuches  
negra sombra que me asombras,  
ao pe dos meus cabezales  
tornas facéndome mofo.*

*Cando maxino que és ida,  
no mesmo sol te me amstras,  
i eres a estrela que brila,  
i eres o vento que zoa.*

*Si cantan, és ti que cantas;  
si choran, és ti que choras,  
i és o marmurio do río  
i és a noite i és a aurora.*

*En todo estás e ti és todo,  
pra min i en min mesma moras,  
nin me abandonarás nunca,  
sombra que sempre me asombras.*

.....

*Unha vez tiven un cravo  
cravado no corazón,  
i eu non me acordo xa si era aquel cravo  
de ouro, de ferro ou de amor.*

*Soio sei que me fixo un mal tan fondo,  
que tanto me atormentou,  
que eu día e noite sin cesar choraba  
cal chorou Madalena na Pasión.*

.....

*Santos i apóstoles, ¡védeos!, parece  
que os labios moven, que falan quedo  
os uns cos outros: i aló na altura  
do ceo a música vai dar comenzo,  
pois os groriosos concertadores  
tempran risoños os instrumentos.*



*¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra  
aquéis sembrantes tan verdadeiros,  
aquelas túnicas maravillosas,  
aqueles ollos de vida cheos?*

*Vós que os fixeches de Dios coa axuda,  
de inmortal nome, Mestre Mateo:  
xa que ahí quedaches homildemente  
arrodillado, faláime de eso;  
mais co eses vosos cabelos rizados  
Santo dos croques, calás... i eu rezo.*

.....

*Lévame a aquela fonte cristaiña  
onde xuntos bebemos  
as purísimas augas que apagaban  
sede de amor e llama de deseios.*

*Lévame pola man cal noutros días...*

*Mais non, que teño medo  
de ver no cristal líquido  
a sombra daquel negro  
desengano sin cura nin consolo  
que antre os dous puxo o tempo.*

.....

*Chirrar dos carros da Ponte,  
tristes campanas de Herbón:  
cando vos oio partídesme  
as cordas do corazón.*

*Cebileiras que is e vindes  
de Adina polo camiño:  
á beira do camposanto  
pasá leve e paseniño.*

*Que anque din que os mortos no oien,  
cando aos meus lles vou falar,  
penso que anque estén calados  
ben oien o meu penar.*

.....

*Os dous, da terra lonxe  
andamos e sufrimos, ¡ai de min!*

*Mais ti tan soio te recordas dela,  
i eu, dela e máis de ti.*

*Ambos errantes polo mundo andamos  
i as nosas forzas acabando van.  
Mais ¡ai!, ti nela atoparás descanso,  
i eu tan soio na morte o hei de atopar.*

.....

Todo en la vida de Rosalía, en su poesía (10), en su muerte, tuvo un aire misterioso y elevado, como si, más que un ser perecedero y humano, fuera Rosalía una soñadora vaguedad, una mítica sombra en la dulce frescura de las tierras gallegas, y sobre la mar y los campos de Galicia se extenderá siempre el perfume de su alma, como un delicado orballo de líricos aromas.

Después de recordar a Rosalía, es para mi muy grato y emotivo terminar la lectura con un cordial homenaje de admiración y simpatía a mis queridas paisanas, y dedicando a *mi madre*, extraordinaria e inolvidable mujer gallega, con profunda devoción, este discurso de ingreso en el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses.

(1) Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina. Tomo VII. Madrid, 1936.

(2) Parrilla Hermida, M.: Los médicos militares españoles y la expedición finlantrópica de la vacuna... Ejército, n.º 437. 1976.

(3) Real Academia de Medicina.: Libro de Sesiones Científicas. Madrid, 187.

(4) Castillo y Domper, J.: La Real Expedición Filantrópica. Madrid, 1912.

(5) Estrada y Catoira, F.: Propagación de la vacuna. Almanaque Gallego, 1917.

(6) Díaz de Iraola, G.: La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna. 1948.

(7) Rico-Avelló: Expedición Balmis. Congreso Internacional Medicina. 1956.

(8) Nieto Antúnez, P.: La Expedición Balmis. Instituto Cornide. La Coruña, 1966.

(9) Naya Pérez, Juan: La mujer gallega en la Literatura y en la Historia. Conferencia pronunciada en el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas de Gran Canaria, el 24 de julio de 1979.

(10) Galería de Gallegos Ilustres. Ediciones Monterrey. Vigo, 1956.

## CONTESTACION A CARGO DEL MIEMBRO NUMERARIO ILTMO. SR. DON ANTONIO GIL MERINO

Señores miembros Numerarios del Instituto «José Cornide»  
de Estudios Coruñeses.

Señoras y Señores:

La Sala de Gobierno de esta institución me ha honrado con el gratísimo encargo de contestar al reglamentario discurso, que acabamos de oír, del miembro numerario del mismo Dr. Don Pastor Nieto Antúnez, disertación que, por su calidad e interés para el conocimiento de un episodio de la Historia de la Medicina, en el que nuestra ciudad tuvo señero protagonismo en uno de los hechos que mejor reflejan su sensibilidad colectiva e individual en todo lo referente al amor fraterno entre los hombres y de los derechos humanos en cuanto concierne a la beneficencia, ha merecido vuestra aprobación y aplauso.

He aceptado este encargo a sabiendas de que una voz tan modesta como la mía, en todos los campos, y más aún en esta parcela de la ciencia, la medicina, no siendo médico como no soy, en modo alguno podrá poner de manifiesto, de manera certera, los patentes

merecimientos que el disertante ha ido acumulando a lo largo de tantos años de ejercicio profesional y de las muchas actividades que fuera de ella ha realizado, aunque me consuele el hecho de que, habiendo en el tema desarrollado referencias históricas, sean éstas objeto de mi predilección profesional y vocacional.

Por otra parte, mi admiración y afecto por el Dr. Nieto Antúñez, sentimientos nacidos del compañerismo y convivencia en el seno de este Instituto desde su creación, han sido también acicate para aceptar esta encomienda.

Ferrolano de nacimiento, puesto que en la ciudad departamental vio la luz el día 6 de agosto de 1893, fue hijo del ilustre médico Don Pastor Nieto Rodríguez. Sus primeros estudios y los del bachillerato, fueron realizados en la ciudad de su nacimiento y siguiendo la vocación paterna, a diferencia de sus hermanos que se inclinaron por la Marina, inició la carrera de Medicina en la Universidad de Santiago en la que obtuvo la licenciatura en julio de 1916.

Dentro de su vocación por la ciencia hipocrática y como complemento de su vida profesional observamos que en ella existen tres facetas de actividad: Como médico, en primer lugar, como Catedrático de Higiene y Medicina Naval en la Escuela Oficial de Náutica de La Coruña, en segundo, y por último como impulsor de los deportes náuticos y de la navegación deportiva y a vela.

Es indudable que si en la primera de estas facetas impera la tradición paterna origen de su vocación, en la segunda y tercera hemos de ver la influencia del medio ambiente ferrolano de su infancia y adolescencia y la de sus hermanos.

Finalizados sus estudios en la Facultad de Santiago, su deseo de obtener el Doctorado y especializarse en Dermatología le llevan a Madrid, donde a la vez que se matriculaba en la Facultad de San Carlos, en las asignaturas del doctorado, es nombrado agregado de la clínica de los eminentes médicos Azúa y Covisa, del Hospital de San Juan de Dios.

Con altas calificaciones en las disciplinas del más alto grado universitario, en junio de 1920, leía su tesis doctoral en la Facultad madrileña.

A fin de completar los estudios de su especialidad y ponerse en contacto con lo más selecto de la ciencia médica europea, se trasladó a París, obteniendo diplomas en los hospitales Saint Louis y Necker, donde fue alumno predilecto del Dr. Sabouraud.

En 1921 regresa a España inscribiéndose en el Colegio Oficial de Médicos de La Coruña, e iniciándose en el ejercicio de la profesión como especialista en enfermedades de la piel. Durante varios años prestó sus servicios en nuestra ciudad, siendo nombrado médico de la Asociación de la Prensa e Inspector Médico Municipal. Por sus publicaciones y méritos científicos es designado miembro de la Academia Española de Dermatología y Sifilografía en 1930.

Durante nuestra Guerra Civil prestó servicios en Sanidad Militar, siendo nombrado, en 1939, Teniente Médico asimilado.

Nombrado en 1954 Catedrático de Higiene y Medicina Naval de la Escuela Oficial de Náutica de La Coruña, sus enseñanzas ejercen gran influencia en el alumnado y asimismo su entusiasmo por el desenvolvimiento de la citada escuela, y de que nuestra ciudad tuviese adecuadas instalaciones, le impulsan a solicitar y gestionar ante las autoridades la terminación y dotaciones en el nuevo edificio. En la visita que el 16 de septiembre de 1956 hizo al edificio recién construido el entonces Jefe del Estado, se encontró allí, de profesor, a su viejo amigo y condiscípulo Dr. Nieto Antúnez, al cual abraza, éste le pide tome el mayor interés por la Escuela y que sea no sólo terminada en cuanto a sus dependencias sino que sea dotada de los mejores laboratorios y material de prácticas. Su petición fue debidamente atendida, puesto que al poco tiempo la Subsecretaría de la Marina Mercante le nombraba Delegado de Obras. Se entrevistó, en unión del Ingeniero Constructor, Sr. Martínez Barbeito, con el Director General de Enseñanzas Náuticas, a la sazón en El Ferrol, quien tras un detallado estudio de la construcción de diversas dependencias de la Escuela, entre ellas el paraninfo, declara de urgencia su terminación.

Es de destacar también el impulso que el Sr. Nieto Antúnez dió a la navegación deportiva a vela en nuestra ciudad. En 1933, siendo Secretario del Real Club Náutico de La Coruña, por su consejo, se compraron al arquitecto naval francés, Sr. Camatte, los planos



de su monotipo «Cote D'Azur», que sirvieron para la construcción de 40 embarcaciones, que después de algunas modificaciones y mejoras, recibieron el nombre genérico de «Anduriña», modelo que rápidamente se popularizó en nuestras costas e incluso se extendió a Portugal.

Es el Dr. Nieto Antúnez notable publicista. Destacan entre sus publicaciones las siguientes obras, aparte sus artículos y trabajos menores, «El Capitán de Yate», obra que mereció ser galardonada con el premio «Virgen del Carmen», en 1950; «Higiene Naval», declarado de utilidad y texto para las Escuelas de Náutica, y «Primeros auxilios sanitarios en el mar», publicado por la Editorial Naval, en el año 1969.

Entre las condecoraciones que le fueron otorgadas figuran: «Medalla de salvamento de náufragos», 1940; «Cruz del mérito naval con distintivo blanco» en 1942; «Víctor de plata», a petición de sus alumnos de la Escuela de Náutica coruñesa, por su ejemplar y desinteresada dedicación facultativa y docente, en el año 1958. Es además Socio de Mérito del Real Club Náutico de La Coruña, y de Honor de la Asamblea de Capitanes de Yate, 1970.

En el discurso que han escuchado ustedes, el Dr. Nieto Antúnez ha querido rendir cumplido homenaje a una mujer coruñesa, a una heroína sin par, a Doña Isabel Zendalla y Gómez, Rectora de la Casa de Expósitos de La Coruña, que en la expedición dirigida por Balmis tuvo bajo su maternal cuidado y protección a los niños que, portadores de la vacuna antivariólica figuraban en ella, y que es digna de figurar al lado de otras insignes coruñesas que también se distinguieron por su amor a los desamparados, enfermos y menesterosos, como Teresa Herrera, fundadora en los postreros años del siglo XVIII, en 1791, del Hospital de la Caridad, o la Condesa de Mina, Juana de Vega que, retirada a su ciudad natal, después de haber desempeñado alto cargo en la corte de Isabel II, dedicó sus anhelos a los enfermos pobres y que en compañía de otra heroína del amor humano, Concepción Arenal, fundaba el Patronato de Señoras para la visita y enseñanza de los presos.

Nos ha ilustrado el Dr. Nieto Antúnez acerca del papel preponderante que la Rectora-enfermera Doña Isabel tuvo en aquella ex-

pedición filantrópica y es quizá un hecho casual, pero muy significativo, que el buque que habría de transportar aquella expedición dirigida por Don Francisco Javier Balmis y Berenguer llevando por toda la América Española, Filipinas y costas de Asia los medios necesarios para evitar la terrible enfermedad de la viruela, llevara el nombre de «María Pita», la heroína que en las trágicas circunstancias del cerco puesto a nuestra ciudad por los ingleses de Drake y Norris, en 1589, se distinguiera no sólo en la defensa militar sino también en el socorro de los enfermos y heridos de la ciudad sitiada. Sobre el contrato de fletamento de la goleta «María Pita» no ha mucho tiempo que escribió un excelente artículo el Dr. Parrilla Hernida.

Ha hecho el disertante una magnífica síntesis de los antecedentes históricos de la viruela y de la práctica de la variolización, como introducción a su trabajo. De los descubrimientos de Jenner y de los trabajos realizados en Galicia, concretamente en El Ferrol, del doctor irlandés, al servicio del ejército español, Timoteo O'Scanlan, figura magníficamente estudiada por el profesor de la Universidad de Dublín, Patricio Logan, a quien tuve el gusto de conocer en visita de investigación al Archivo de Galicia.

Conocedor, el Dr. Nieto Antúnez, exhaustivo de la bibliografía existente sobre el tema, principalmente de las obras y trabajos del Dr. Parrilla, de la Revista de la Real Academia de Medicina, de Castillo y Dumper, Díaz de Irala, Rico-Avelló y Estrada Catoira, nos ha relatado con maestría los orígenes, preparación y desarrollo de la famosa expedición, en la que Balmis fue acompañado, aparte de la Rectora Doña Isabel, por notabilísimos médicos como Don José Salvany Lleopar, aquel médico ilerdense, puesto que había nacido en Cervera, hombre que ya se había distinguido en sus estudios de medicina y sobre todo como cirujano militar en diversas unidades del ejército, que nombrado subdirector de aquella empresa sanitaria, no dudó en hacerse cargo de una parte de los elementos humanos de que se disponía, con el anhelo de ampliar la misión salvadora, que a la expedición se había encomendado, y dirigirse hacia los países de la América del Sur. Nos dice el Dr. Parrilla que a pie y a caballo recorrió los territorios de las hoy repúblicas de Ve-

nezuela, Colombia, Ecuador, Perú y parte de Bolivia, en donde agotado por los trabajos y minada su salud por la tuberculosis que padecía encontró la muerte.

O como el ayudante de cirugía, Don Manuel Julián Grajales, Don Antonio Gutiérrez y el practicante Don Rafael Pérez Lozano, que fueron asistidos por los enfermeros Basilio Bolaños, Angel Crespo, Pedro Ortega y Antonio Pastor, para quienes el cumplimiento del reglamento aprobado por la Junta Superior Gubernativa de Cirugía para el desarrollo de la expedición no sirvió sino de menguada norma ya que su espíritu de sacrificio fue superior en todo momento a cualquier clase de reglamentaciones.

Hemos de felicitar pues al Dr. Nieto Antúnez por su aportación científica y por habernos hecho partícipes de este episodio de la Historia de la Medicina, en el que La Coruña tuvo tanto que ver, deseándole muchos años de vida activa y beneficiosa para los fines culturales de este Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses.

